



En el cuarto domingo de Pascua, año tras año, se nos invita a contemplar al Resucitado como pastor de la Iglesia y a celebrarlo con alegría de corazón.

El texto de hoy se encuentra en la primera parte del evangelio de san Juan en el llamado "*de los signos*". Jesús está en Jerusalén con motivo de la Fiesta de los Tabernáculos: celebración otoñal en recuerdo de la salida de Egipto y la estancia en el desierto.

El pasaje del evangelio de este día nos ofrece dos niveles de comprensión de la figura del Señor.

El **primero** corresponde a los vv 1-5. Nos hablan de Jesús relacionándolo con la vida de los pastores y de los rebaños. En la cultura judía los rebaños de ovejas se tenían, no tanto para aprovechar la carne cuanto la lana y la leche que producían.

Con frecuencia se mezclaban rebaños diferentes: en el momento de abrevarlos y, en ocasiones, a la hora de recogerlos en un mismo redil.

Sin embargo, el caminar juntos -pastor y rebaño- durante largo tiempo, hacía que se equivocasen mutuamente y nunca se extraviasen.

Ejemplo hermoso de lo que esto significa para la vida de los creyentes, lo descubrimos en este evangelio de san Juan.

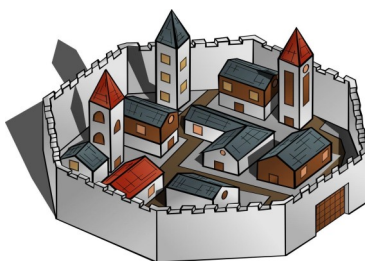
Poco después de este texto, que en este día se proclama, nos encontramos con la escena de la resurrección de Lázaro. En esta ocasión aparece María,

verdadera discípula del Maestro, que, al oír la voz que le llama (Jn 11,29), la reconoce inmediatamente, se levanta con rapidez y sigue al Señor.

Algo similar aconteció en el amanecer del día de pascua. María Magdalena confunde, cuando está amaneciendo, a Jesús con el hortelano; solo cuando la llama por su nombre es capaz de darse cuenta de quien es.

Para los seguidores del Señor hay una especie de referencia, que se hace profesión de fe, y que nos ha vinculado con el misterio de la gratuidad de Dios, cuyo nombre es Palabra. Palabra en «*quien vivimos, nos movemos y existimos*» (Ef 1,1-14; Jn 1,1; He 17,28). Palabra clave para acercarnos al umbral de su misterio. Ante ella hay que **callar** para poder **escuchar** a fin de **profundizar** y **gustar** para un mejor **conocer**. Este conocer es lo que mueve a seguir. Un seguimiento que está empapado en un total **confiar**.

El segundo nivel de comprensión del evangelio de hoy sigue siendo cristológico: "**Yo soy la puerta**".



Esta imagen que se nos ofrece está enraizada en el Antiguo Testamento. Aparece con frecuencia. La puerta está en relación con

un cercado que servía, en **primer lugar**, para delimitar el espacio de la comunidad, su identidad y libertad (cf. Jos 2, 1ss). Abrir la puerta a alguien significaba acogerlo, introducirlo de alguna forma, en la familia.

En **segundo lugar** era garantía de seguridad para los habitantes de la ciudad amurallada (cf. Jos 2, 1-24). Un ciudad sin murallas y baluartes, sin la vigilancia adecuada, carecía de unidad, seguridad y paz puesto que los enemigos, ladrones e, incluso, la fieras salvajes podían irrumpir en la ciudad, para saquearla y destruirla.



Entrar por la puerta, que es Cristo Jesús, nos permite ser en él, con él y como él una ofrenda agradable a Dios.

Jesús nos abrió la puerta «*al árbol de la vida*», que se había cerrado cuando nuestros primeros padres fueron expulsados del paraíso (cf. Gen 3, 23-24).

Jesús es la puerta, la escala que une el cielo y la tierra (cf. Prov 3, 18; Ap 2, 1-17; 22, 1-20). Es lo que se profetiza en el sueño de Jacob en Betel. De ahí que Jesús afirmará en el evangelio de san Juan: Y le añadió: «*Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre*». (Jn 1, 51). La llave que abre esta puerta siempre es la cruz de Cristo.

San Juan Crisóstomo escribió:



«*Cuando Jesús nos cuida, se llama a sí mismo pastor. Cuando nos toma sobre sus hombros para llevarnos al Padre, se llama puerta*». Saboreemos este misterio, será la fuente de nuestro gozo.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

22,1-3a. 3b-4. 5. 6:



**El Señor es mi pastor,
nada me falta,
en verdes praderas
me hace recostar,**

**me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas.**

**Me guía por el sendero justo;
por el honor de su nombre.**

**Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo
tu vara y tu cayado me sosiegan.**

**Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.**

**Tu bondad y tu misericordia me acompa-
ñan todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.**

La imagen que evoca el salmista, para compartir su experiencia espiritual, es muy querida en toda la literatura bíblica. Debemos situar nuestra imaginación en el árido desierto de Judá. Un territorio que, por un lado, fascina por su belleza y silencio y, por otro, es temido por su infinita extensión y aridez; más aún,

lleno de peligros para quienes pretenden atravesarlo tanto de día como en la noche.

El salmo nos presenta la figura del pastor guía a su rebaño por los mejores caminos del yermo. Son los más cómodos y seguros a fin de que, el rebaño, permanezca unido. La vida de las ovejas dependen totalmente de quien las pastorea, de ahí la importancia de que reconozcan su voz. La relación entre ambos está marcada por la delicada atención, ternura y, en ocasiones, de firmeza. De la habilidad del pastor depende la supervivencia del rebaño. Entre ambos, como fruto de las horas que pasan juntos, se da un mutuo conocimiento que es fuente del amor que mutuamente se profesan.

En este día podemos fijarnos, para guardar en la memoria del corazón, en el verso: "*En verdes praderas me hace recostar*".



La imagen es muy entrañable. Lo que nuestro texto traduce como "*me hace recostar*" debería traducirse literalmente "*me hace agachar*". Es el retrato del animal que dobla las patas delanteras, se acuesta y adopta una posición de tranquilidad. El símbolo no puede ser más sugerente porque, la oveja, es un animal indefenso, débil y asustadizo; pero cuando es conducida por el pastor, se tranquiliza, ya no está de pie, tensa, lista para huir en cuanto presiente un peligro. El percibir un cuidado vigilante, le mueve a agacharse, descansando de "*preocupaciones*". No hay peligro para ella puesto que hay alguien que la cuida. Así es Jesús. En verdes praderas nos hace "*agachar*". No hay mejor pradera para serenarse y sentirse seguro, que la palabra que nos regala. Es toda una invitación: "*Venid a mi todos los cansados y agobiados y yo os aliviaré*". Guardémosla en la memoria del corazón.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo IV de Pascua "A"



Un texto para escuchar



**En aquel tiempo Jesús dijo:
- Yo soy la puerta: quien
entre por mí se salvará y
podrá entrar y salir, y en-
contrará pastos. El ladrón no entra
sino para robar y matar y hacer es-
trago; yo he venido para que ten-
gan vida y la tengan abundante".**